

Las enfermedades de Kafka: Vida, lengua y literatura¹

Petr Čermák

Universidad Carolina, República Checa

1. A modo de introducción

Desde siempre los teóricos de la literatura han planteado la cuestión de la relación entre el texto y su autor: ¿hasta qué punto es lícito proyectar hechos de la vida del autor en la interpretación de su obra literaria? La historia de la teoría literaria nos ofrece varias respuestas, incluidas las soluciones extremas que, o bien conciben el texto como un todo inmanente cuya interpretación debe dejar de lado todas las asociaciones que no sean internas al texto, o bien entienden el texto como reflejo directo de la peripecia personal del autor.

No es nuestro objetivo responder a la pregunta formulada, ni pretendemos ofrecer interpretaciones literarias del autor: partiendo del análisis de los textos del célebre Franz Kafka, queremos hacer ver el papel de la enfermedad en su discurso literario y personal, así como mostrar qué opinaba sobre la medicina y los médicos. Partimos, pues, de un marco teórico propio del análisis del discurso, no de un enfoque literario.

El tema de la enfermedad es de especial relevancia en Kafka por tres razones:

- 1) la enfermedad influyó notablemente en el último tramo de su corta vida;
- 2) los textos nos hacen ver que, a pesar de que no utilizaba esta palabra, Kafka concebía como “enfermedad” un conjunto de sentimientos y convicciones personales que, en su opinión, tenían una influencia decisiva sobre su vida;
- 3) su modo de ver la medicina y el papel de los médicos fue muy particular.

Como punto de partida para el análisis del discurso del escritor sobre la medicina utilizaremos el corpus de sus cartas y diarios. Mostraremos cómo el autor trata su aspecto existencial fundamental: la enfermedad.

El interés por Franz Kafka (1883–1924), escritor de origen judío que vivió en Praga y escribió en alemán, sigue siendo enorme aunque murió hace más de noventa años. Naturalmente, este hecho se debe ante todo a su obra literaria; no obstante, cualquier visitante de Praga se dará cuenta de que su fama viene igualmente apoyada por factores no literarios. El destino de Kafka y de su familia, enmarcado en una época dramática y en un lugar de encuentro de tres culturas –la checa, la alemana y la judía–, crea un halo misterioso que atrae la atención de todos, incluso de los que no se interesan por la literatura. Desde el momento de la explosión del boom kafkiano han nacido muchísimas interpretaciones, a veces contradictorias, de su obra, lo que se debe, entre otras cosas, a su ambigüedad, a su multiplicidad de significados y de capas superpuestas: el autor y su obra se resisten, por diferentes factores, a una interpretación unívoca y fácil. Casi todas las interpretaciones hacen constar cierta ansiedad existencial como un rasgo sustancial de Kafka y de su obra, y es precisamente la enfermedad (o, en un comienzo, la premonición de la enfermedad) lo que –en nuestra opinión– constituye una de sus fuentes.

¹ Este artículo forma parte del proyecto *Progres Q10: La variabilidad del lenguaje a lo largo del tiempo, el espacio y la cultura* financiado por la Universidad Carolina.

2. El corpus y la metodología utilizada

Como ya se ha dicho, trabajamos con un corpus compuesto por los diarios de Kafka y por su correspondencia con su familia y amigos. Kafka suele citarse como ejemplo de autor cuyos diarios y cuya correspondencia se han convertido en auténticas obras literarias: se publican, se leen y se aprecian no solo por los datos contenidos en ellos, sino también –y sobre todo– como textos literarios por derecho propio. Nos interesarán ante todo los aspectos relacionados con el tema de la enfermedad y la medicina, pero creemos que las citas de Kafka que forman parte de nuestro artículo van a cautivar al lector también por su impacto literario. Nuestro corpus consta de la correspondencia de Kafka y las anotaciones de sus diarios. Para los efectos de este artículo vamos a trabajar con las traducciones españolas (Kafka 1974, 1978, 1984, 1992, 1999).

En los párrafos que siguen iremos comentando diferentes aspectos de nuestro tema y los iremos ilustrando y documentando con las citas de los textos de Kafka.

Es obvio que el tema de la enfermedad no ha pasado desapercibido en la literatura sobre Kafka. Nos han sido de gran utilidad tanto las biografías de Kafka (Wagenbach; Binder) como los estudios monográficos sobre su enfermedad (Hackermüller; Čermák, 2009; Čermák, 2012).

3. Kafka y la medicina

Suele considerarse como una característica sustancial de los textos de Kafka su construcción racional y sofisticada, reflejada también en su lenguaje: la sintaxis de sus textos es complicada y de una estructura compleja, por lo que hay quienes comparan su estilo con el de los textos científicos. No obstante, la racionalidad constituye solo un componente de su personalidad: hay facetas que distan de ser racionales, tal como demuestra la opinión de Kafka sobre la medicina y los médicos. En general, Kafka no confiaba en el poder de la medicina tradicional. Esta postura suya tiene una motivación bastante heterogénea.

Un factor más bien marginal lo constituye el hecho de que su familia consideraba a los médicos culpables de la muerte de sus hermanos menores (la verdad es que los biógrafos de la familia de Kafka, que –como es bien sabido– han estudiado hasta los detalles minuciosos del tema, hacen ver que los médicos concretos que se ocupaban de Kafka y de su familia eran especialistas muy buenos y dignos de confianza):

De seis hermanos y hermanas yo soy el mayor, dos hermanos algo más jóvenes que yo murieron cuando eran pequeños por culpa de los médicos, después vino un intervalo en blanco, yo era el único hijo, y transcurridos cuatro, en cinco años se sucedieron las tres hermanas espaciadas entre uno y dos años. (Cartas a Felice Bauer², del 19 al 20, XII, 1912)

La afirmación brutal y sin duda exagerada –“murieron cuando eran pequeños por culpa de los médicos”– refleja una desconfianza total de Kafka hacia la medicina tradicional, desconfianza que se caracteriza por una radicalidad que no admite excusas y no ve nada bueno en los médicos. Esta desconfianza se basa, evidentemente, en la convicción personal de Kafka de que el hombre nunca puede entender por completo el funcionamiento de las diferentes partes del organismo humano, por lo que no es lícito intervenir de ninguna manera parcial en él (la cita que sigue documenta, al mismo tiempo, la confianza en la llamada medicina natural, que vamos a tratar más adelante):

² Felice Bauer (1887-1960): novia de Kafka. La colección de las cartas de Kafka a Felice de los años 1912-1917 se han publicado en todo el mundo generalmente bajo el título de *Cartas a Felice*.

Un segundo principio de la medicina natural es: evita intervenir en un organismo con medios cuyo efecto total desconoce, es decir, con medios que necesariamente ejercen su acción por todos los rincones del organismo. Esta es la razón por la que no puede existir una medicina especializada que esté justificada, y por la que todo especialista es un señor digno de ser fusilado. Los organismos no se dejan dividir en compartimentos sin, de algún modo, quedar destruidos. Si tengo un trozo de carbón que es demasiado grande para hacerlo pasar por la portilla de la estufa, resulta muy práctico el que lo haga pedazos. Pero si soy yo quien tiene que pasar por una puerta demasiado estrecha, no resultaría nada práctico el que, a tal fin, me parta en dos. Si, por ejemplo, yo consistiera exclusivamente en sueño, el cual, con el tiempo, se ha transformado en no-sueño, por supuesto que no dudaría en dar al no-sueño infusión de valeriana, e incluso lo atiborraría de bromuro o de veronal, con el fin de obtener sueño a partir del no-sueño. Pero como no soy solamente sueño, sino un ser humano, eso sería un procedimiento equivocado. (Carta a Grete Bloch³, 24, V, 1914)

Los médicos deberían darse cuenta de este hecho y deberían admitir con humildad que en realidad son impotentes e ignorantes. Pero sucede lo contrario: los médicos infunden esperanzas mentidas, que son ilusiones, y viven llenos de altanería y soberbia indomables:

No, no creo en los médicos famosos; en los médicos creo únicamente si confiesan que no saben nada, y aun así los odio (confío en que no ama usted a ninguno). (Carta a Felice Bauer, 5, XI, 1912)

¡Qué médicos tan indignantes! Resueltos en lo que respecta al negocio y tan ignorantes en lo que toca a la curación que, si esa resolución en lo que respecta al negocio los abandonase, se quedarían delante de la cama de los enfermos como escolares. (Diario, 5, III, 1912)

Kafka se da cuenta del papel difícil de los médicos, ya que, como se desprende de lo dicho, es sumamente complicado afrontar la enfermedad:

(...) también es verdad que frente a un enfermo toda persona sana parece idiota, y además se comporta realmente de un modo idiota. Esto es válido sobre todo en lo que se refiere a los médicos, los cuales tienen que portarse así por su profesión. (Carta a Grete Bloch, 18, V, 1914)

Estas afirmaciones hay que tomarlas en serio, aunque a veces los comentarios sobre los médicos tienen la función de entretener a la destinataria de la carta:

No es que este médico me resulte particularmente grato, pero tampoco me es mucho más desagradable que los demás médicos en su generalidad. En sí y de por sí no creo en él, pero me dejó tranquilizar por él como por cualquier otro médico. En este sentido los médicos pueden ser utilizados también como medicinas naturistas. (Carta a Felice Bauer, 4, VIII, 1913)

Por otra parte, los médicos no son impotentes del todo a los ojos de Kafka: pueden hacer daño a los pacientes, pueden causarles dolor:

³ Margarete (Gerte) Bloch (1892-1944): amiga de Felice Bauer.

La medicina no sabe hacer otra cosa que tratar el dolor con el dolor, esa es la verdad, es lo que luego llaman «haber luchado contra la enfermedad». (Carta a Grete Bloch, 17, V, 1914)

Como se desprende de la datación de los textos, todas estas citas vienen de la época anterior a la aparición de la tuberculosis, así que no son afirmaciones de una persona que se siente impotente ante una enfermedad incurable. No obstante, una vez contraída la enfermedad, Kafka les dirige a los médicos palabras igualmente ofensivas:

Es indudable que los médicos son estúpidos; mejor dicho, no son más estúpidos que otra gente, pero sus pretensiones son absurdas. Con todo, hay que hacerse a la idea de que se van estupidizando más y más desde el instante en que uno se pone en sus manos, y lo que el médico exige en este momento no es ni muy estúpido ni imposible. Lo imposible es que usted se enferme realmente y esa imposibilidad debe subsistir. ¿En qué ha cambiado su vida desde que habló con el médico? ... Ésa es la pregunta capital. (Carta a Milena Jesenská⁴, 18, V, 1920)

Las citas que acabamos de comentar aparecen en cartas destinadas a mujeres, así que podríamos suponer que se trata de un intento de formular afirmaciones contundentes que puedan atraer la atención de la destinataria de la carta. Todo parece indicar que no es así, primero porque no le era propio a Kafka comunicar así, y segundo porque tales afirmaciones crean un todo coherente en sus textos, una opinión premeditada acerca de la medicina tradicional, que contrasta con la actitud hacia la medicina natural, que Kafka profesó y defendió durante toda su vida.

Su afición a la medicina natural tiene que ver con su concepción “holística” de la curación que ya hemos comentado y con su actitud hacia su propio cuerpo: Kafka se interesaba por diferentes sistemas de gimnasia y de ejercicio físico, así como por distintos estilos de vida y regímenes dietéticos, todos ellos basados en las concepciones intelectuales que proclamaban el regreso a la naturaleza y que muchas veces eran propagadas por personas que eran consideradas por la mayoría de la gente como charlatanes. Su debilidad física, que, como veremos, constituía un tema importante para él, la quería disminuir haciendo gimnasia desnudo y con la ventana abierta, lavándose con agua fría, y, si era posible, trabajando físicamente al aire libre, preferentemente en el campo. Poco a poco se fue convirtiendo en aficionado a los regímenes de vida poco ortodoxos, muchas veces basados en la filosofía particular del propagador del sistema en cuestión (mencionemos al danés Jens Peder Müller, al fisiólogo americano Horace Fletcher o al empresario judío Moriz Schnizer, que vivía en la parte germanoparlante de Bohemia y que publicaba una revista sobre la vida sana a la que Kafka estaba suscrito). Para Kafka, la naturaleza renueva la energía vital, hace desaparecer el cansancio físico y psíquico que se ha almacenado, y por eso cura al hombre.

Esta afición a la medicina natural se reflejaba en las frecuentes estancias de Kafka en sanatorios naturales, mucho antes de la aparición de la tuberculosis. El papel de los sanatorios naturales era diferente en aquella época: en cierto sentido querían solucionar los problemas de salud que la medicina estándar de entonces no sabía afrontar (lo que vale, como veremos, también para la tuberculosis). A pesar de eso, la frecuencia de sus

⁴ Milena Jesenská (1896-1944): escritora, periodista y traductora checa, „enamorada de Kafka“, destinataria de las famosas *Cartas a Milena*.

estancias de Kafka en los sanatorios y también la selección de lugares concretos tenían que ver con su predilección por la medicina natural. Kafka visitó muchos sanatorios situados en el territorio de las actuales República Checa, Eslovaquia, Austria, Suiza y Alemania. La estancia al aire libre se unía allí con la actividad física y con un régimen dietético basado en los productos naturales (leche, verdura, fruta), es decir, en los alimentos que no solían formar parte sustancial de la alimentación en los hogares urbanos de entonces. El escritor adoptó este modo de comer, como nos hace ver la cita que sigue:

Hago tres comidas al día, entre horas no como nada, pero nada en absoluto. Por la mañana compota, bizcochos y leche. A las 2.30, por amor filial, lo mismo que los demás, solo que en conjunto algo menos que los demás, y en particular, y en lo que a carne se refiere, menos que poca, y más verduras. Por la noche, a las 9.30, en invierno, yogur, pan, mantequilla, nueces de todas clases, castañas, dátiles, higos, uvas, almendras, pasas, calabacín, plátanos, manzanas, peras, naranjas. (Carta a Felice Bauer, 21, XI, 1912)

Kafka afirma que come carne “menos que poca”. Y efectivamente, con el tiempo y de acuerdo con la tendencia ya mencionada y filosóficamente fundamentada hacia un estilo de vida “sano”, llegó a un tipo no ortodoxo y no dogmático del vegetarianismo.

Los dos tipos de medicina, la estándar y la natural, se unían, para Kafka, en el personaje de su tío Siegfried Löwy (1867-1942), médico del pueblo pequeño moravo de Třešť. Como médico solía explotar –en una medida razonable– algunas prácticas de la medicina natural y se servía de medicamentos solo si lo consideraba indispensable. Kafka lo visitó varias veces, pasó repetidamente algún tiempo en su casa, viajaron juntos, y, si creemos a la bibliografía sobre Kafka, su influjo en el escritor fue tal que le sirvió como inspiración parcial para el cuento *Un médico rural* (1919).

Si resumimos lo dicho, podemos hacer constar que el escritor praguense prefería claramente la medicina natural a la estándar, de la que tenía una visión muy negativa. Sus afirmaciones sobre la medicina y los médicos muchas veces manejan de una manera propiamente kafkiana, es decir, con una lógica implacable y sofisticada, argumentos que si no son difícilmente defendibles o incluso absurdos, sí que son exagerados.

4. Kafka y la enfermedad

Franz Kafka murió de tuberculosis a los 41 años, pero es como si la enfermedad hubiera estado presente en su vida mucho antes, como un presentimiento, basado ante todo en la convicción de que no tenía fuerzas físicas y psíquicas para luchar con la vida. Aducía muchos argumentos para razonar esta afirmación, entre ellos su supuesta insuficiencia física.

4.1. Insuficiencia física

Uno de los motivos clave de la famosa *Carta al padre* es la comparación con el padre en varios aspectos. Para el tema de este estudio, el sentimiento de la insuficiencia física –en comparación con el padre– es de especial relevancia:

Me sentía ya oprimido por tu simple corpulencia. Recuerdo, por ejemplo, cuando a menudo nos desvestíamos juntos en una sola caseta de baños. Yo, flaco, débil, esmirriado; tú, fuerte, alto, de anchas espaldas. Ya en la caseta, me avergonzaba de mí mismo, y no sólo ante ti, sino ante todo el mundo entero, porque tú eras para mí la medida de todas las cosas. (Carta al padre; Kafka 1984, 14)

La confrontación con el padre, que era todo lo contrario que él no solo en este aspecto, le ayudaba darse cuenta del estado real de las cosas: durante toda su vida, Kafka fue muy, muy flaco, asténico. Como hombre adulto medía 182 centímetros y siempre le faltaban 10 o 20 kilogramos para el peso normal de un hombre de su edad. Sus diarios y su correspondencia remiten con frecuencia a su flaqueza:

Físicamente tengo el mismo aspecto que cualquier otra persona; tengo piernas, tronco y cabeza, pantalones, chaqueta y sombrero; me hicieron practicar gimnasia como es debido y sí, pese a ello, me he quedado bastante pequeño y débil, es porque era simplemente inevitable. (Diario, 19, VI, 1910)

Entre otras cosas, describe cómo le avergonzaba su flaqueza, cómo no quería bañarse en las piscinas públicas junto con otras personas. Tampoco nos sorprende su afán ya comentado de practicar gimnasia.

Sus reflexiones relacionadas con el cuerpo y el estado físico se caracterizan a veces por una ingenuidad sorprendente. Es evidente que las afirmaciones sobre los médicos no son las únicas que parecen irracionales y a veces absurdas:

Lo que sí es seguro es que mi estado físico constituye uno de los principales obstáculos a mi progreso. Con un cuerpo así no es posible conseguir nada. Tendré que acostumbrarme a su fracaso permanente. [...] Mi cuerpo es demasiado largo para tanta debilidad, le falta la mínima cantidad de grasa para producir un calor de bendición, para conservar el fuego interior, la grasa de la que alguna vez el espíritu pudiera nutrirse un poco más allá del mínimo diario imprescindible, sin perjudicar al conjunto. Cómo va a poder mi débil corazón, en el que vengo sintiendo punzadas en los últimos tiempos, empujar la sangre a todo lo largo de estas piernas. Ya le cuesta bastante llegar hasta la rodilla, y luego se aboca en las frías pantorrillas con una fuerza ya meramente senil. Pero entonces ya se la vuelve a necesitar arriba, se aguarda su llegada, mientras ella todavía pierde el tiempo por abajo. La longitud de mi cuerpo hace que todo quede muy lejos. Cómo va a cumplir su deber, si quizá aunque estuviera comprimido no tendría suficiente fuerza para lo que me propongo conseguir. (Diario, 22, XI, 1911)

Las reflexiones acerca de la insuficiencia física forman parte de un rasgo mucho más general e importante de la vida interior de Kafka: del análisis minucioso e intensivo de sí mismo, que, por su parte, es reflejo de una profunda preocupación, del miedo a ser incapaz de defenderse anímicamente en la vida. Así lo comenta más tarde en la *Carta al padre*:

Desde que tengo uso de razón, he tenido que preocuparme con tanta intensidad de afirmar espiritualmente mi existencia, que todo lo demás me ha sido indiferente. [...] No tenía más preocupación que yo mismo, pero esta preocupación adoptaba formas diversas. Había por ejemplo la preocupación por mi salud; comenzó muy pronto; de vez en cuando me asaltaba un leve temor por la digestión, la caída del cabello, una desviación de la columna vertebral, etc.; este temor se incrementaba en infinitas gradaciones hasta que acababa desembocando en una enfermedad real. Pero, como no estaba seguro de nada, como esperaba de cada momento una nueva confirmación de mi existencia y no tenía nada que fuese mío de un modo propio, indudable, exclusivo, decidido inequívocamente por mí, como era en realidad un hijo desheredado, también lo más inmediato, es decir, mi propio cuerpo, se volvió para mí inseguro; crecía,

me volvía larguirucho, pero no sabía qué hacer con mi estatura, la carga era demasiado pesada, la espalda se encorvaba; apenas me atrevía a moverme, a hacer ejercicio, y quedé convertido en un ser débil; todo aquello que aún me funcionaba, por ejemplo la digestión, me asombraba como un milagro; esto bastaba para que lo perdiese, y así quedaba abierto el camino para la hipocondría, hasta que, con los sobrehumanos esfuerzos de mi deseo de casarme (luego hablaré de ellos), la sangre se me salió de los pulmones [...]. (Carta al padre, Kafka 1984, 49-50)

La cita nos hace ver que estaba convencido de que este estado anímico y físico que no se presta a una descripción fácil predestinó su futura enfermedad real. No se trataba de una enfermedad, sino de un estado psicossomático que influyó sustancialmente tanto en la vida como en la obra de Kafka. Tal vez podamos incluso afirmar que algunos personajes de sus novelas (*El castillo*, *El proceso*) presentan rasgos parecidos a lo que él observa y describe en sí mismo.

4.2. *La juventud y la premonición de la enfermedad*

A pesar del constatado sentimiento de insuficiencia física y del afán de afrontarlo con todos los recursos disponibles, Kafka no fue enfermizo en su infancia y juventud. En este sentido no se distinguía de los demás niños:

El padecer una enfermedad pequeña, fugaz y pasajera es algo que constituye para mí un placer al que aspiro desde mi infancia, y que rara vez he alcanzado. (Carta a Felice Bauer, 7, I, 1913)

Con todo y con eso, como nos hacen ver los diarios y la correspondencia, Kafka ya en su primera juventud –cuando sus amigos de la misma edad vivían una vida completamente despreocupada– se observaba a sí mismo sin cesar y se preocupaba por su salud (con su actividad física, la gimnasia y el trabajo manual quería evitar la llegada de la enfermedad barruntada). Las dolencias que le afligían y que vamos a comentar más tarde –dolor de cabeza, insomnio, sensibilidad extrema– representaban para él presagios (*Vorboten*), indicios de su futura enfermedad (Čermák 2012, 139).

El inicio de sus estudios de derecho produjo un cambio radical en su vida. La necesidad de memorizar grandes cantidades de materia, de prepararse para los exámenes de las asignaturas y más tarde para el examen de doctorado entrañaba un esfuerzo físico y psíquico enorme que llevaba consigo un cansancio permanente y una restricción de las horas de sueño que poco a poco fue convirtiéndose en insomnio. En las anotaciones de sus diarios aparecen comentarios del cansancio, del dolor de cabeza y de estómago, y encontramos hasta la palabra neurastenia, que probablemente había aprendido de algún médico.

La finalización de sus estudios con éxito y la incorporación al trabajo (a partir del año 1907 Kafka trabajó sucesivamente en dos compañías de seguros) trajo el fin de la necesidad de memorizar; no obstante, apareció otra fuente fundamental de inquietud y de intranquilidad, que iba a acompañarle hasta el momento de su jubilación prematura por enfermedad. El trabajo exigió un cambio en su régimen diario que a partir de entonces fue destruyéndole: la escritura lo era todo para él, por eso después de volver a casa solía descansar un poco y ponerse a escribir hasta tarde (a veces hasta la madrugada). Un ritmo así habría destruido incluso a una persona con una complexión más fuerte. Él mismo se daba cuenta de lo destructivo que era su modo de vida:

Tiene usted mucha razón, también el insomnio es algo indigno de un ser humano. Si fuera capaz de mostrarle a alguien el estado actual de mi cabeza, tal

como me la ha dejado la noche pasada, elevaría las manos al cielo. Sin embargo conozco los principales motivos de mi insomnio, no son otros que una forma de vida bastante inadecuada, y que persiste desde hace treinta años. Contra esto se podrían hacer hoy todavía muchísimas cosas, y muy efectivas, como por ejemplo el irse a dormir temprano y de modo regular, pero no lo hago. (Carta a Grete Bloch, 24, V, 1914)

Como podemos observar, consideraba inadecuado no solo el ritmo de vida de los últimos años, sino de casi toda su vida anterior.

El trabajo en la compañía de seguros dio inicio, pues, a una doble vida estresante, con lo que las crecientes dolencias no tardaron en llegar. Los lectores de los diarios y de la correspondencia de Kafka a menudo se sorprenden de cuán frecuentes son los comentarios acerca de los dolores de cabeza y del insomnio. Hay momentos que reflejan una desesperación total:

Noche de insomnio. Ya es la tercera seguida. Me duermo bien, pero una hora después me despierto, como si hubiese puesto la cabeza en un agujero equivocado. Estoy completamente despierto, tengo la sensación de no haber dormido nada o de haberlo hecho sólo bajo una delgada piel, he de afrontar de nuevo la tarea de dormirme y me siento rechazado por el sueño. Y a partir de ese momento, hasta las cinco aproximadamente, me paso toda la noche durmiendo, pero a la vez me mantienen despierto intensos sueños. Podría decirse que duermo a mi lado y al mismo tiempo tengo que pelearme con los sueños. Hacia las cinco ya está gastado el último rastro de sueño, lo único que hago es soñar, lo que resulta más agotador que estar despierto. En resumen, me paso la noche entera en el estado en que se encuentra una persona sana momentos antes de dormirse de verdad. Cuando me despierto, todos los sueños están reunidos a mi alrededor, pero me guardo bien de repensarlos. Hacia el amanecer suspiro contra la almohada, pues por esa noche está perdida toda esperanza. (...) Creo que este insomnio viene únicamente de que escribo. (Carta a Felice Bauer, 2, X, 1911)

Aunque son estados francamente atormentadores todavía no es posible relacionarlos con ninguna enfermedad concreta:

Hace bastante tiempo que me quejo de que siempre estoy enfermo pero no tengo nunca una enfermedad concreta que me fuerce a guardar cama. (Diario, 24, XI, 1911)

Resulta que hasta el año 1917, hasta sus 34 años, Kafka no estuvo realmente enfermo: sus dolencias, tan cautelosamente observadas y frecuentemente comentadas, tenían que ver con su complexión frágil y con su problemático régimen de vida. Los dolores de cabeza le aquejaban más, los consideraba como “un quejido del cuerpo por todas esas cosas” (Carta a Grete Bloch, 3, III, 1914); según sus palabras, “los dolores de cabeza y el insomnio son, al menos por ahora, la cosa peor que conozco” (Carta a Felice Bauer, 1, IX, 1917). Las dolencias le atormentaban, pero, por otra parte, a veces las adscribía a su hipocondría, es decir, admitía que se excedía en la observación de sí mismo:

En los sanatorios estuve a causa del estómago y de la debilidad general, sin olvidar la hipocondría, enamorada de sí misma. (Carta a Felice Bauer, 5, XI, 1912)

Una inmensa hipocondría, ciertamente; pero que ha echado en mí raíces tan numerosas y profundas que estoy a su merced. (Carta a Grete Bloch, 14, VI, 1914)

En 1917 llegó lo que Kafka había temido y barruntado desde hacía mucho tiempo.

4.3. *La lucha con la enfermedad*

En agosto de 1917 Kafka sufrió una hemorragia que casi no pudo parar. Al día siguiente visitó la consulta de su médico, pero de noche la hemorragia volvió. Si nos atenemos a la correspondencia a sus íntimos que se ha conservado, los informó sobre el hecho con un retraso de unas semanas (a su hermana Ottla se lo dijo después de tres semanas, a Felice Bauer, después de cuatro semanas). Puede que el retraso se debiera al hecho de que los médicos tardaron algún tiempo en identificar la enfermedad (en su carta a Ottla Kafka analiza las posibilidades que existen, si bien la tuberculosis era la opción más probable para él), pero sin duda alguna también necesitó tiempo para acostumbrarse a la idea. En cualquier caso, sus primeras reflexiones sobre la enfermedad constituyen textos de gran alcance y se caracterizan por la exactitud de expresión tan propia de Kafka:

Ahora bien, el motivo de mi silencio ha sido este: dos días después de mi última carta, es decir, exactamente hace cuatro semanas, durante la noche, a eso de las 5, tuve una hemorragia pulmonar. Bastante fuerte, mi garganta se pasó diez minutos o más echando sangre, pensé que no se iba a acabar nunca. Al día siguiente fui a ver al médico, el cual en esa visita, y en otras posteriores, me examinó y me miró por rayos X. Luego, a instancias de Max⁵, he ido a ver a un profesor. El resultado, sin entrar aquí en los múltiples detalles médicos, es que los vértices de ambos pulmones están afectados de tuberculosis. No me ha sorprendido el que se haya declarado una enfermedad, el que haya salido sangre tampoco me ha sorprendido, la verdad es que desde hace ya años estoy atrayendo a la gran enfermedad a fuerza de insomnios y jaquecas, y mi maltratada sangre simplemente ha saltado al exterior, en cambio lo que sí me sorprende es que se trate de tuberculosis, eso desde luego; el que sobrevenga a mis treinta y cuatro años, de la noche a la mañana, sin que exista el más mínimo caso precedente en toda mi familia. En fin, es preciso aceptarlo, por otro lado parece que junto con aquella sangre la enfermedad ha barrido los dolores de cabeza. Actualmente no es posible prever cuál será su evolución, su desarrollo futuro sigue siendo un secreto, mi edad puede representar tal vez un cierto impedimento. (Carta a Felice Bauer, 9, IX, 1917)

Kafka se daba cuenta de la gravedad de su enfermedad, aunque los documentos que se han conservado nos hacen ver que la probabilidad del pronóstico negativo la dedujo más bien del comportamiento inseguro de los médicos, sin que nadie se lo dijera abiertamente (como se desprende de la última cita, su edad constituía un motivo de esperanza para él). Por otra parte, su correspondencia nos trae también muestras su actitud positiva, de ánimo (la cita que sigue fue escrita dos años y medio después de la primera hemorragia):

Así que el pulmón. Todo el día me estuvo dando vueltas en la cabeza, no podía pensar en otra cosa. No es que la enfermedad me haya alarmado más de la cuenta. Creo –sus comentarios parecen sugerirlo– que sólo la ha afectado en forma benigna; así lo espero. (Carta a Milena Jesenská, 8, V, 1920)

⁵ Max Brod (1884–1968): escritor, compositor y periodista praguense germanohablante de origen judío, amigo y editor póstumo de Kafka.

En sus reacciones al hecho (tanto en las primeras como en las posteriores) concibe la enfermedad como el cumplimiento de las premoniciones que había tenido durante toda su vida anterior, y también como el resultado de sus dolencias. En sentido metafórico llega a hablar de una enfermedad mental:

Estoy mentalmente enfermo, la enfermedad pulmonar es sólo un desborde de la enfermedad mental. (Carta a Milena Jesenská, 31, X, 1920)

Creemos que la metáfora puede interpretarse como una referencia al estado psicossomático específico de Kafka, al sentimiento de incapacidad para afrontar la vida que ya hemos comentado. También Max Brod confirma que, desde el comienzo, Kafka vivió la realidad de su enfermedad también en un sentido simbólico, no solo como un asunto corporal (Brod, 267).

La enfermedad le sirvió también como amparo, como una defensa: aduciendo, entre otras cosas, a la enfermedad decidió acabar su problemática relación con Felice Bauer. Una cita un poco más larga, que presenta una magistral descripción literaria de su lucha con la enfermedad y que procede de una de las últimas cartas escritas a Felice, ya después del final de su relación, nos hace ver, entre otras cosas, que a pesar de la tendencia natural de creer en un desenlace feliz, Kafka era en realidad pesimista:

Que en mi interior hay dos seres que combaten, es cosa que ya sabes. Que el mejor de ambos combatientes te pertenece, es algo que en estos últimos días he dudado menos que nunca. Sobre las vicisitudes de la lucha has sido informada a lo largo de cinco años mediante la palabra y el silencio y mediante sus entremezcladuras, por lo general para tu tormento. (...) Mi tribunal humano eres tú. Esos dos combatientes que hay en mí, o mejor dicho, de cuya lucha —salvo por un pequeño resto martirizado— estoy hecho, el uno es bueno y el otro malo; de vez en cuando intercambian entre sí las máscaras, lo cual viene a introducir una confusión aún mayor en el ya de por sí confuso duelo. (...) La sangre que el bueno (de ahora en adelante le llamaremos el Bueno) derrama con objeto de hacerte suya revierte en provecho del Malo. Allí donde el Malo probable o posiblemente hubiese sido incapaz —por sus propios recursos— de encontrar ninguna cosa nueva y decisiva para su defensa, tal cosa resulta que es el Bueno quien se la ofrece. El caso es que, en mi fuero interno, yo no tengo a esta enfermedad por una tuberculosis, o al menos no la considero tal primordialmente, sino que la tengo por una quiebra general. Creí que las cosas seguirían aún marchando hacia adelante, pero no ha sido así. La sangre no proviene del pulmón, sino de la estocada, o de una estocada definitiva, de uno de los combatientes. (...) Por otro lado, voy a decirte un secreto en el que yo por mi parte en estos momentos no creo en absoluto (pese a que, cuando trato de trabajar y pensar, la tiniebla que desde lejos cae sobre mí a todo mi alrededor tal vez pudiera convencerme), pero que tiene que ser verdad: jamás recobraré la salud. Ni más ni menos que porque no se trata de una tuberculosis a la que se coloca en la tumbona y a la que se cuida hasta su curación, sino que se trata de un arma cuya necesidad seguirá siendo extrema mientras yo continúe con vida. Y ambas no pueden continuar con vida. (Carta a Felice Bauer, 30, IX, 1917)

Kafka padecía tuberculosis pulmonar, que en aquella época era una enfermedad incurable. Ello no quiere decir que siempre fuera mortal: la medicina de entonces no disponía de medicamentos capaces de acabar con ella. Los médicos se servían de recursos que tenían a su disposición – se recomendaba, entre cosas, cansarse menos y

visitar sanatorios naturales. El escritor gozó de una serie de períodos vacacionales, de bajas por enfermedad, y más tarde fue jubilado por la misma razón. Como se desprende de lo dicho hasta ahora, sus estancias largas en el campo (por ejemplo en la casa de campo de su hermana Ottla) o en los sanatorios no constituían ninguna novedad para él, más bien seguía cultivando sus costumbres de siempre. Su confianza en la medicina natural le servía como apoyo en la enfermedad. En sus estancias en el campo o en los sanatorios se comportaba como si la enfermedad no existiera y mantenía su régimen de vida anterior. Por otra parte, la enfermedad es un tema constante de sus diarios y de sus cartas. En sus reflexiones aparecen motivos que ya hemos comentado (la enfermedad como desenlace de un problema de toda su vida; la enfermedad como amparo, como ángel guardián; la enfermedad como remedio contra los demonios que le habían atacado antes; la enfermedad como una cuenta que le ha sido presentada; etc.).

La época en la que afrontaba la enfermedad (los años finales de la primera guerra mundial y los años de posguerra se caracterizaron por unas condiciones de vida muy difíciles) complicaba aún más su situación. Además, al final de la guerra Kafka contrajo la gripe española, enfermedad epidémica. Dadas las circunstancias, parece un milagro que sobreviviera. De todos modos, la enfermedad seguía limitando a Kafka en todas las dimensiones de su vida. Los informes de los médicos hacen ver la expansión paulatina de la enfermedad. Por ejemplo, en 1919 el médico hace constar una infiltración pulmonar progresiva. Un año más tarde se constata una infiltración de ambos vértices pulmonares unida con la fiebre.

La actitud subjetiva de Kafka hacia la enfermedad sufrió un cambio cuando, durante sus estancias en los sanatorios, tuvo que afrontar los síntomas visibles de la enfermedad. Por ejemplo, durante su estancia en el sanatorio de Matliary en las montañas Tatra (entonces, Checoslovaquia; hoy, Eslovaquia) habló con un paciente con tuberculosis de laringe que lo horrorizó enseñándole síntomas de su enfermedad.

La fase final de la vida de Kafka está unida con Dora Diamant⁶, a la que conoció en 1920 y que le acompañó hasta su muerte. A finales del año 1923 y a comienzos del 1924 vivieron juntos en Berlín, ciudad con una situación económica desastrosa, y la vida en una pobreza extrema aún agravó su ya pésimo estado de salud. No tenían recursos ni siquiera para la vida cotidiana, aún menos para poder pagar los médicos. Kafka entonces ya no abandonaba la cama, afligido por la fiebre. Por la presión de la familia se trasladaron primero a Praga, después a los sanatorios austríacos (Wienerwald, Kierling), donde los días de Kafka llegaron a su fin.

La correspondencia de los últimos meses de la vida de Kafka constituye una fuente interesante para los que se interesan por el discurso relacionado con la medicina. Los documentos que se han conservado nos hacen ver un triángulo normal en tales situaciones: los médicos – el enfermo – la familia y los amigos del enfermo. Los informes de los médicos son implacables: describen la progresión ya relativamente rápida de la enfermedad y solo reflejan los intentos de aliviar el sufrimiento del moribundo. Los padres estaban lejos y dependían en Praga de la correspondencia que mantenían con su hijo y de las noticias que recibían de los amigos. Por otra parte, en aquel momento Kafka ya solo podía controlar parcialmente su vida, y su destino estuvo marcado por las decisiones de los demás. Dora Diamant siempre estuvo a su lado, ocupándose de las cuestiones prácticas, y en la correspondencia con los padres formaba un todo con Kafka – los dos reaccionaban como si fueran una sola persona. Pero Dora

⁶ Dora Diamant (1898-1952): actriz polaca, novia/compañera de Kafka en las últimas fases de su vida.

también le servía como filtro: apoyada e instruida por él, hacía lo posible para describir la situación de una manera más positiva, tratando de calmar a los padres. Le servía de apoyo Robert Klopstock⁷, amigo suyo, médico: se conocieron en el sanatorio de Matliary, ambos pacientes con tuberculosis (Klopstock tuvo más suerte, murió a sus 73 años). Estamos, pues, ante una situación dramática. De una parte, Franz Kafka, físicamente muy débil, pero mentalmente lúcido. Sin duda se daba cuenta de su situación fatal, pero por lo menos en las cartas sabía disimular. A su lado, Dora, que, al mismo tiempo le apoyaba y se desesperaba ante la situación. De otra parte, los médicos y sus afirmaciones contundentes que no llegaban a Kafka, pero sí a Dora. Y finalmente los padres, preocupados en Praga. Resulta imposible decir hasta qué punto las cartas de Kafka y Dora conseguían tranquilizarlos, hasta qué punto podían creer que la situación no era tan crítica, pero en cualquier caso el intento de Kafka y Dora de tranquilizar a la familia es sobrecogedor. A todo ello hay que añadir un pequeño conflicto en el entorno de Kafka: Dora, influida por él, era gran aficionada de la medicina natural, mientras que Klopstock, como médico profesional, prefería la medicina estándar. Este pequeño conflicto ya no era relevante, porque que el destino de Kafka ya había sido decidido, pero existen pruebas de cómo Klopstock intentaba mantener la terapia dentro del marco de la medicina estándar, mientras que Dora buscaba la esperanza fuera de él (una de las consecuencias fue el traslado de Kafka de un sanatorio a otro peor).

La correspondencia de los últimos meses de su vida nos trae muchos ejemplos de su enorme fuerza interior. El deseo de tranquilizar a sus padres se convierte en la principal motivación de las cartas, que, casi hasta los últimos momentos, mantienen su estilo preciso y exacto:

Queridísimos padres, por el momento no haré elogios de nada, nunca me excedo en los elogios; me atendré, pues, únicamente a los hechos y, en concreto, a los no dignos de elogio. Peso unos 50 kilos. La temperatura bajará, pues tengo que tomar piramidón tres veces al día, la tos mejorará, pues me dan un medicamento para combatirla, me han reconocido la garganta, parece que no es nada grave, pero de todos modos aún no sé nada concreto, por lo demás también me dan un remedio para ella. Y para terminar con algún elogio, la habitación es buena, y la zona, magnífica. Y ahora veremos lo que pasa. (Carta a los padres, 7, IV, 1924)

El hecho de mencionar la palabra “garganta” es muy importante: los médicos acaban de diagnosticar la llamada tuberculosis de laringe de contacto:

La garganta continúa siendo lo más desagradable, junto al toser, pero me da diversas cosas para curarlo, hoy dos nuevas, mañana una tercera, ya se arreglará y también costará desde luego mucho dinero. (Carta a los padres, 9, IV, 1924)

La preocupación por los gastos de la terapia son tema permanente de las cartas de esta época: incluso en la carta donde anuncia que debe trasladarse a otra clínica, porque en la actual “no saben qué hacer con mi garganta, es preciso ponerme inyecciones de alcohol en el nervio y eso solo puede hacerlo un especialista” (Carta a los padres, 10, IV, 1924), habla ante todo de lo caro que será el nuevo sanatorio.

⁷ Robert Klopstock (1899–1972): médico húngaro de origen judío, amigo de Franz Kafka en los últimos años de su vida.

En las cartas aparecen pasajes escritos por Dora que nos permiten observar la segunda línea de comunicación, el modo en el que otra persona, y una persona muy bien informada, observaba la enfermedad de Kafka. En las cartas a los padres predomina en Dora el afán de tranquilizarlos:

Ahora todo volverá a marchar bien. (...) Franz está animado y de buen humor. (Carta a los padres, 12, IV, 1924)

Solo raras veces el mensaje entre líneas nos dice más y refleja su confusión. Dora francamente no sabe qué hacer y busca ayuda; por ejemplo pide: “Si pudiera ser, sería bueno que viniese aquí un tío o alguien” (Carta a los padres, 10, IV, 1924).

El tono de las cartas de Dora destinadas a las hermanas de Kafka es muy diferente: se permite el lujo de describir su verdadera opinión sobre la enfermedad y la terapia (por ejemplo, dice que solo desea que Franz no sufra) y también sus verdaderos sentimientos, esto es, su desesperación total.

Todas las cartas a los padres de los últimos días de la vida de Kafka son similares: enumera las intervenciones médicas a las que se ha sometido, elogia la habitación y la comida, y Dora añade que el estado de Franz es mucho mejor y que no hay razones para intranquilizarse. Los dos pasan por alto el hecho de que una carta muchas veces contradice a la anterior (por ejemplo, anuncian que se han trasladado a otro sanatorio, aunque anteriormente habían elogiado el sanatorio en el que se encontraban). En la mayoría de las últimas cartas el orden de la correspondencia cambia: primero escribe Dora y sigue un texto más corto de Kafka.

La correspondencia toca a su fin el día 2 de junio de 1924 (es decir, un día antes de la muerte del escritor), en la que se considera su última carta. En su primera parte, Kafka se aleja totalmente de su enfermedad, recuerda momentos agradables de su vida (por ejemplo los momentos cuando bebía cerveza con su padre) y ante todo intenta disuadir a sus padres de una visita al sanatorio, aportando argumentos que levantan una construcción lógica implacable:

Todo está en los mejores comienzos – últimamente el profesor ha comprobado una considerable mejoría de la laringe. (...) pero ni siquiera los mejores comienzos son nada; si uno no puede mostrar a los visitantes –y sobre todo a unos visitantes como vosotros– unos progresos grandes, innegables, comprobables también por los ojos del profano, entonces es mejor dejarlo. Así, pues, mis queridos padres, ¿no os parece que por el momento lo dejemos? (Carta a los padres, 2, VI, 1924)

Si tomamos en cuenta las circunstancias tenemos que estar de acuerdo con el apunte de Dora con el que termina la carta: “Le quito la carta de las manos. Ha sido una gran hazaña, con todo.” La última carta de Kafka constituye así un impresionante final de la lucha de un valiente escritor con aquello que le había acompañado durante toda su vida, en la realidad o en la imaginación.

5. Conclusión

Nuestro análisis ha pretendido ofrecer la imagen de la medicina y de la enfermedad en el discurso de Franz Kafka. Hemos prestado atención a algunos temas parciales que a nuestro parecer son de especial relevancia: el punto de partida filosófico e ideológico de Kafka que se traduce en afirmaciones negativas sobre la medicina tradicional; la insuficiencia física como parte de un sentimiento más amplio de no ser capaz de afrontar la vida; la premonición de la enfermedad como un tema que ha influido sustancialmente en su propia vida; y, finalmente, el tratamiento de la verdadera

enfermedad en la correspondencia de los últimos años de su vida. Creemos que estos temas ofrecen un material muy interesante para los que quieran estudiar el discurso relacionado con la medicina: pueden servir tanto a los que quieran analizar la relación entre enfermedad y literatura (es decir, el impacto de la enfermedad sobre la vida y obra del escritor) como a los que investiguen la interacción comunicativa en el campo de la medicina y se interesen por la relación entre el enfermo (el paciente), su enfermedad, sus médicos y sus parientes.

Obras citadas

- Binder, H. *Kafkas Welt. Eine Lebenschronik in Bildern*. Reinbek bei Hamburg: Rowohlt, 2008.
- Brod, M. "Kafkas Krankheit." *Therapeutische Berichte* 39 (1967): 264-267.
- Čermák, J. *Zápas jménem psaní*. Brno: B4U Publishing, 2009.
- . *Franz Kafka. Život ve stínu smrti*. Praga: Mladá fronta, 2012.
- Hackermüller, R. *Das Leben, das mich stört. Eine Dokumentation zu Kafkas letzten Jahren 1917-1924*. Wien/Berlin: Medusa Verlag, 1984.
- Kafka, F. *Cartas a Milena*. Madrid: Alianza Editorial, 1974 (traducción: J. R. Wilcock).
- . *Cartas a Felice y otra correspondencia de la época del noviazgo*. Madrid: Alianza Editorial, 1978 (traducción: Pablo Sorozábal).
- . *Carta al padre*. Barcelona: Bruguera, 1984 (traducción: Feliu Formosa).
- . *Cartas a los padres de los años 1922-1924*. Barcelona: Ediciones de la Tempestad, 1992 (traducción: Andrés Sánchez Pascual).
- . *Diarios. Carta al padre*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 1999 (traducción: Andrés Sánchez Pascual, Joan Parra Contreras).
- Wagenbach, K. *Franz Kafka. Eine Biographie seiner Jugend 1883-1912*. Berlin: Wagenbach, 2006.